



EL
MOTÍN DE LAS
SIRENAS

JESSICA S. TAYLOR

SIREN  BOOKS

EL
MOTÍN DE LAS
SIRENAS

JESSICA S. TAYLOR

Traducción de
Tamara Arteaga Pérez y Yuliss M. Priego

SIREN  BOOKS

Primera edición: mayo 2025

© The Syren's Mutiny by Jessica S. Taylor, 2022

© de la traducción: Tamara Arteaga Pérez y Yúliss M. Priego, 2025

© de la corrección de estilo: Auxi Zurera y Patricia Rouco

© de la corrección ortotipográfica: Ana Muínelo Monteagudo

© diseño de cubierta: Tyler Evelyn Rood

© diseño del mapa e ilustraciones de interior: Antía Caamaño Canosa

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-129796-1-9

Depósito legal: M-737-2025

IBIC: FMR

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aviso de contenido:

Violencia, sangre, muerte, asesinato, desmembramiento, menciones no explícitas de abusos físicos, referencias a secuestros y muertes de niños, menciones de violencia doméstica, contenido sexual, representación de ansiedad y depresión.

*A todos los que deseáis tener una segunda oportunidad
para conseguir vuestros sueños... podéis hacerlo.*

Guía de PRONUNCIACIÓN

PERSONAJES

Brigid (Brí-yid)
Caelum (Káe-lam)
Sorcha (Sor-sha)
Maira (Mai-ra)
Duncan (Dan-kan)
Cameron (Kam-ron)
Maddock (Mád-ok)
Clíodhna (Kli-a-na)
Kellan (Ke-lan)
Nehalennia (Ne-ja-li-nia)

LUGARES

Gaisin (Gou-shin)
Estrecho de Marbh (Marf)
Mar Seòltan (Shol-tan)
Bhodheas (Bou-dis)
Tuathnach (Tu-áz-nak)
Caladhan (Kál-a-jan)
Neamh na Mara (Nef-ná-ma-ra)
Mar Faileas (Féi-lesh)

MAR FAILEAS



BBOOBEAS

ESTRECHO DE MARB

CALABAN

ODAR
SGOLTAN

NEAMB NA ODARA



CAPÍTULO 1

Brigid

El último aliento de un hombre moribundo producía cierta satisfacción. Notarlo en los labios, a sabiendas de que lo último que ese hombre sentiría en su vida sería yo, era vigorizante. También requería tiempo. Los hombres tardaban mucho en ahogarse; bueno, en cualquier cosa salvo en enfadarse.

El que tenía atrapado entre los brazos trataba de liberarse con desesperación. Sus mejillas se inflaban mientras me empujaba en un intento patético por volver a la superficie, que se burlaba de él fuera de su alcance. Consiguió soltar un brazo de un tirón, pero al hacerlo solo logró abrirse una herida con mis garras, tiñendo de rosa el agua a nuestro alrededor.

Aunque pudo ganar algo de espacio, no le duró mucho. Usé la fuerza de mi cola y me lancé hacia adelante antes de envolverle el brazo con las garras y acercarlo a mí de nuevo.

Salieron burbujas de su nariz y boca mientras se sacudía en un intento por volver a escapar. Su miedo y sufrimiento eran evidentes, aunque no me afectaban lo más mínimo; me quedé observando con total indiferencia cómo seguía tratando de deshacerse de mi agarre. Pero yo era una sirena, y él, solo un hombre.

Sus movimientos se volvieron más lentos y lanzó una última mirada anhelante a la luz procedente de la superficie. Intentó huir una vez más, pero ya no le quedaban fuerzas y fue en vano. Mirándolo, le mostré mis dientes afilados con la intención de hacer que su última emoción fuera el miedo. No de ahogarse, sino *de mí*.

Las sacudidas por fin cesaron y el agua volvió a quedarse en calma brevemente. Me separé un poco del cadáver flotante y unos ojos vacíos e inertes me devolvieron la mirada cuando lo solté en las frías profundidades. Lo observé hundirse con las extremidades estiradas hacia la superficie, como si aún pudiese escapar de su destino.

Su muerte no me hizo sentir nada; solo era otra cara que pronto olvidaría, otro hombre insignificante que jamás volvería a hacerle daño a una mujer.

Más allá de las pequeñas ondas que producía el cadáver al hundirse, vi a Maira soltar a sus víctimas en el mar. Mi compañera sirena era rubia y su ira rivalizaba con la de los hombres a los que habíamos atacado. Los restos del barco que habían habitado nos rodeaban; la madera rota y astillada se mecía entre las olas y el cañamazo de las velas hechas jirones bloqueaba la luz del sol al hundirse.

—¿Esos eran todos? —preguntó Maira con voz afilada y aburrida mientras sorteaba los restos del naufragio para llegar junto a mí. Un trozo de vela se interpuso en su camino, pero lo desgarró con facilidad. Atravesó el agujero en la tela y se detuvo a mi lado.

Eché un vistazo hacia arriba, pero solo vi cuerpos hundiéndose. Ya no quedaba nadie vivo en estas aguas salvo nosotras.

—Sí.

—Volvamos. —Le dio la espalda al barco y sacudió su cola lavanda para impulsarse por el agua, creando burbujas a su paso.

Lancé una última mirada por encima del hombro a la destrucción que habíamos causado antes de girarme y seguir a mi compañera de vuelta a nuestro hogar, Neamh na Mara. El paraíso marino.

Las cuevas marinas en las que residía eran preciosas. Sobresalían del fondo oceánico y creaban un santuario que nos protegía de cualquier

animal o persona que pudiera toparse con nuestro hogar. Los pasadizos de las cuevas, formados tras años y años de exposición al implacable poder del mar, se hundían y entrelazaban en los peñascos.

Maira y yo cruzamos el arco de la entrada principal y nadamos a través de los túneles hasta una enorme caverna abierta.

Las demás ya se habían reunido allí y estaban descansando sobre las redondeadas estalagmitas que se alzaban del suelo. Kyla, de piel negra y cabello oscuro, nos observó con detenimiento cuando entramos, meneando perezosamente su cola brillante y dorada. A su lado se encontraban Iona y Nerina, que, aunque no estaban emparentadas, podrían pasar por gemelas puesto que ambas tenían la piel bronceada y el cabello de color caramelo. Incluso transformadas en sirenas, sus colas eran de un tono similar, con toques morados y azules.

—Brigid, Maira, informadme. —La voz melódica de nuestra reina rebosaba confianza y orgullo y exigía respeto, igual que su mentón alzado y sus hombros desnudos. La melena blanca le flotaba sobre los hombros por una corriente de agua que fluía a través de las cuevas.

—Un barco. Sin supervivientes —dijo Maira a mi lado. La tenue luz se reflejaba en sus escamas mientras movía la cola ansiosamente—. No hemos sufrido daños.

—Bien, merecían ser castigados. —Cliodhna nadó hacia nosotras meneando su cola plateada de un lado al otro de forma perezosa; la luz también se reflejaba en sus escamas y en su piel pálida. Se me hinchó el corazón al percibir el orgullo en su voz—. Hijas mías, lo habéis hecho bien, como siempre.

Tanto Maira como yo inclinamos la cabeza en señal de respeto a la mujer que nos había salvado de la crueldad de los hombres y nos había regalado una nueva vida. Nuestra reina levantó los dedos palmeados y los apoyó con suavidad sobre mi cabeza antes de arrastrar las uñas afiladas por mis salvajes mechones cobrizos, que se ondulaban a mi espalda con el incesante movimiento del agua.

—La ira de los hombres nunca igualará a la del mar —dije, repitiendo las mismas palabras que ella constantemente nos dirigía.

Con el cabello blanco flotando detrás de ella en el agua, los prominentes pómulos y esos penetrantes ojos azul claro, Cliodhna me recordaba a una reina en todos los sentidos de la palabra. Y me había elegido a mí. Me salvó cuando me lanzaron por la borda tantísimos años atrás... Mis recuerdos regresaron sin pedir permiso. Se me revolvió el estómago y se me aceleró el corazón. Rememorar el frío glacial del agua cuando me lanzaron al mar hizo que me estremeciera y se me tensara la piel. El frío ya no me afectaba, no en esa forma, pero el vestigio de aquella terrible sensación aún perduraba.

—Así es —convino Cliodhna con solemnidad, moviendo la mano hacia mi rostro. Sus uñas me rozaron la piel y sus membranas me arañaron la redondez de las mejillas. Hasta en el agua helada que llenaba las cuevas sentí sus dedos frígidos y volví a estremecerme—. Todas sois mis mejores creaciones, mi mayor orgullo.

Al igual que las demás, agaché la cabeza en honor a nuestra diosa. Nuestra reina exigía respeto, pero nosotras se lo dábamos libremente.

Volví a mirar a Cliodhna.

—Nos salvasteis a todas. Os debemos la vida.

—En efecto —dijo, mirándonos con una sonrisa que dejaba a la vista sus afilados dientes. No era una sonrisa amable. No le llegó a los ojos, solo apareció en su boca; sus mejillas no se vieron perturbadas ni su frente, arrugada—. ¿Cuántos hombres?

Maira avanzó, siempre ansiosa por responder. Era sanguinaria. De todas las que estábamos aquí, era la que más disfrutaba infligiendo dolor a los hombres con su canción y sus garras.

—Era una tripulación pequeña, diez o así. Los ahogamos a todos cuando saltaron al agua. El barco se fue a la deriva y terminó varado.

Cordelia, otra pelirroja como yo, nos contempló con interés, aunque sus ojos azules estaban más centrados en Maira que en mí. Sonrió ampliamente al oír aquella noticia.

Cliodhna alzó el mentón y mostró los dientes en otro amago de sonrisa.

—Bien. No debe quedar ningún testigo de nuestra existencia.

—Como ordenéis —respondió Maira, inclinando de nuevo la cabeza.

El sufrimiento de los hombres me dejaba indiferente después de todos esos años matando a los que caían presos de nuestra canción. Sus vidas —y muertes— no me interesaban, ya no. Mataba porque me lo ordenaban, porque ese era nuestro cometido como sirenas y súbditas de Cliodhna. Ni me entristecía ni me hacía sentir bien. Simplemente... ocurría.

—Hemos sobrevivido todo este tiempo porque nadie sabe que existimos. Aquellos que nos han visto y han vivido para contarlos son considerados locos; su propia gente no los toma en serio. Pero cuantos más naveguen por mis aguas, la probabilidad de que alguien les crea aumenta. —La voz de Cliodhna era firme y no admitía réplica, aunque ninguna de nosotras discutiría jamás con ella.

—¿Estamos en peligro? —pregunté.

Se me encogió el estómago y una antigua sensación de ansiedad amenazó con reaparecer. Apreté los puños y me clavé las garras en las palmas para tener algo distinto en lo que pensar. Ya no era aquella chica. Era *yo* a quien debían temer. *Yo* era la amenaza.

Cliodhna me miró y sus fríos ojos azules parecieron suavizarse muy ligeramente.

—En absoluto, hija mía. Estamos a salvo aquí abajo. Los hombres jamás supondrán una amenaza para nosotras. Os lo prometí cuando os acogí y pienso mantener mi palabra. Mis poderes están creciendo y continuarán haciéndolo para manteneros a todas a salvo. Pero debemos seguir siendo cuidadosas.

—Lo seremos —prometió Maira.

Todas asentimos.

—Nos cuidaremos las unas a las otras —dijo Kyla. Se movió en su roca, cruzó un brazo sobre su pecho e inclinó la cabeza.

—Los hombres nunca supondrán una amenaza para nosotras. Eso por descontado —repitió Cliodhna, alzando el mentón con orgullo y mirándonos a todas—. Os protegeré, por supuesto, pero, más

importante aún, ahora ostentáis el poder y la fuerza necesarios para protegeros a vosotras mismas.

La cueva se sumió en el silencio y ponderé la información que nos había dado nuestra reina. Las profundidades de los mares eran nuestro hogar y, si nos descubrían, intentarían controlarnos al igual que lo hacían con la superficie. Los hombres surcaban los mares pescando y comerciando y fingían ejercer un dominio absoluto sobre el océano. Una creencia ilusoria, pero que se había extendido por la humanidad con el tiempo.

Ser sirenas nos hacía poderosas, pero todas teníamos historias perturbadoras con hombres y sabía que a cada una de nosotras nos inquietaba pensar en esa posibilidad.

Maira apretó los puños a sus costados con los ojos ardiendo de furia.

En un extremo de la caverna, la expresión de Kyla se tornó decidida, pero podía ver el miedo brillar bajo sus ojos ámbar. De todas, ella era la que tenía más razones para temer a los hombres que para desear vengarse de ellos. Antes de ser sirena, Kyla había sido esposa y madre. Un día, enfureció a su marido y él la lanzó por un acantilado en un arranque de ira.

Al ser la mayor, había sido nuestra guía cuando entramos en el redil, así que verla así de incómoda me puso tensa. Combatí la ansiedad que había tardado años en superar después de mi transformación. Los hombres jamás volverían a hacerme daño. Preferiría morir; no, preferiría *matar* antes que temerlos.

—Id a descansar por hoy —dijo Clíodhna alzando la barbilla. Movié los dedos en el agua para indicarnos que nos dispersáramos. Se giró sin dedicarnos otra mirada y abandonó la caverna en dirección a sus aposentos.

Las otras empezaron a seguir su ejemplo y a dirigirse hacia sus dependencias en las cuevas. Mi mirada se cruzó con la de Kyla, que señaló con la cabeza hacia un lado para pedirme que no me fuera todavía.

—Tienes los hombros tensos otra vez —apuntó con voz preocupada. Estiró el brazo y me agarró una mano; su piel oscura contrastaba con la mía pálida—. ¿Qué ha pasado?

Me encogí de hombros y aparté su mano con suavidad. Su pena y preocupación no eran lo que necesitaba; eso solo conseguiría darle más atención a las emociones que buscaba mitigar.

—Estoy bien, Kyla.

Enarcó una ceja y esbozó una sonrisa sarcástica.

—No, no lo estás, pero si no quieres hablar de ello, lo entiendo.

Kyla siempre había sido capaz de ver a través de mí, a través de todas nosotras. Sabía que estaba preocupada, pero mi ansiedad era algo con lo que tenía que lidiar sola. O, más bien, que tenía que aplacar yo sola. Independientemente de lo que decidiera hacer con ese sentimiento, no necesitaba su ayuda.

—Estoy bien.

Se me quedó mirando con sus ojos ámbar oscuro durante un rato, como si fuese capaz de ver a través de mi mismísima alma.

—Vale. Buenas noches, Brigid. Que tus sueños te sirvan de guía.

—Y a ti los tuyos —repuse y me obligué a sonreír.



CAPÍTULO 2

Brigid

Todo transcurrió con normalidad durante los siguientes días. Nuestra vida como sirenas era rutinaria: vigilábamos las aguas en busca de barcos y hombres que nuestra reina estimaba que debían morir. A pesar de lo concurridos que se estaban volviendo los mares, no hundíamos todos los barcos que nos encontrábamos; debíamos tener cuidado para que no nos vieran.

Sin contar con Cliodhna, éramos ocho, y a pesar de ser poderosas y letales, no teníamos nada que hacer contra múltiples navíos llenos de hombres. Cuando nos topábamos con barcos que encajaban con nuestras directrices, Cliodhna decidía si la embarcación y su tripulación perecían o no.

Kyla y Nerina habían vuelto de su ronda. Habían logrado hundir un navío mercante lejos de la costa y dado muerte a su pequeña tripulación. Cuando eran más de quince hombres, las demás nos uníamos a la pareja que patrullaba para cerciorarnos de que no quedase ningún superviviente. Nuestra canción hacía casi todo el trabajo. Causaba un daño atroz a cualquiera que la oyese; los enloquecía y, con el tiempo, conseguía que hiciesen naufragar su barco. No obstante, si no teníamos cuidado, algunos lograban escapar antes de ahogarse.

—Lo habéis hecho bien, hijas mías —las felicitó Cliodhna. Alzó la barbilla y dedicó una pequeña sonrisa a Kyla. Ella era la que más tiempo llevaba en el redil y con quien más amable era, aunque tampoco suponía un gran cambio.

Cliodhna era distante. Sus emociones a veces rozaban la frialdad, aunque, al fin y al cabo, era nuestra reina; su papel no era ser una de nosotras, sino dirigirnos.

—Gracias, mi reina —repuso Kyla en voz baja y le devolvió la sonrisa antes de asentir con firmeza.

Cliodhna alzó la cabeza bruscamente en dirección a las paredes de la cueva que hacía las veces de nuestro hogar. Sus ojos adquirieron un brillo blanquecino al echar un vistazo más allá de las rocas.

—Hay una mujer en mis aguas.

Al oír sus palabras, enseñé los dientes, igual de puntiagudos que los suyos, y sonreí con frialdad. Si había una mujer en el agua, lo más probable era que los hombres de alguna tripulación la hubiesen lanzado por la borda, lo cual significaba que podríamos vengarnos. A pesar de lo mucho que me había afectado el anterior discurso de Cliodhna, esa parte me resultaba familiar. Rescatar a una mujer me ofrecería algo a lo que aferrarme, algo tangible en lo que concentrarme, un propósito. Y, más importante aún, una vía de escape para mi ira contenida.

—Vayamos a buscarla.

Juntas, mis compañeras sirenas y yo seguimos a la reina en dirección a nuestro destino. Nuestras colas cortaban el agua mientras nos desplazábamos y resplandecían bajo la luz que se colaba de la superficie. Avanzamos entre las rocas y sorteamos la vida marina deseosas de llegar a la superficie para salvar a la mujer que, sin duda, había sido víctima de la crueldad de los hombres. La salvaríamos.

A medida que nos acercábamos a la superficie distinguimos las burbujas en torno a una figura que se hundía entre las olas. Llevaba un vestido blanco y vaporoso que le dificultaba el movimiento de las piernas para mantenerse a flote. Aun así, lo intentaba; su menudo cuerpo se retorció y agitó con la intención de mantener la cabeza sobre el

agua. Se me formó un nudo en el pecho al verla, al percatarme de la familiaridad de la escena, y me dirigí hacia ella.

Maira y yo fuimos las primeras en llegar a su lado. Estiramos los brazos y cerramos nuestros dedos membranosos en torno a sus tobillos y muñecas. La hundimos más en el agua y enderezamos su cuerpo. Maira agitó su mano libre y creó una burbuja de aire en torno a las tres. Jadeante, la mujer no dejaba de mover la mirada entre nosotras y la superficie.

—Tranquila, hemos venido a ayudarte —le dije. La sujetaba con suavidad pero con firmeza. Su mirada se desviaba continuamente de Maira a mí y viceversa, pero al final dejó de retorcerse. Seguramente se había dado cuenta de que podía respirar. Moví una mano para apoyarla con cuidado en su brazo en lugar de tener que sujetarla—. Hemos venido a salvarte.

—¿Quiénes... *qué* sois? —preguntó la joven con voz entrecortada.

Su pelo largo y oscuro se adhería a su rostro y a su cuello formando un contraste con su tez pálida y, a juzgar por cómo se le pegaba el vestido mojado al cuerpo en el interior de la burbuja, también era esbelta.

—Estás a salvo con nosotras —respondió Maira con orgullo tirando levemente de la mujer hacia ella. Flexionó los dedos con cuidado de no clavarle las garras en la piel—. Me llamo Maira y ella es Brigid. Las demás te conocerán cuando estés lista.

Con los ojos oscuros bien abiertos a causa de la inquietud, echó un vistazo a la sombra del navío que seguía sobre nosotras. Su miedo era tan palpable que me sobrevinieron las ganas de estrecharla entre mis brazos para protegerla del mundo. A pesar de parecer apenas unos años menor que yo, que tenía veinticinco, ya me sentía su protectora. Mi juventud no había sido muy larga por culpa de mis desgracias con los hombres; había acabado cuando me lanzaron por la borda de forma parecida y no quería que corriera la misma suerte que yo.

Decidida, le sostuve la mirada.

—Nos aseguraremos de que no vuelvan a hacerte daño.

—¿Cómo? —susurró, claramente asustada.

Sufrí al ver su dolor. Era como mirarme al espejo y verme a mí misma tantísimos años atrás. Los sentimientos del pasado resurgieron de nuevo y amenazaron con salir del baúl donde los había enterrado. No podía permitirme ser débil. La joven frente a mí necesitaba que mostrase firmeza y fuerza; ya me desmoronaría a solas después.

Hice un gesto con la cabeza a las demás, que nadaban a lo lejos, para indicarles que se encargasen del barco y la tripulación. Me devolvieron el gesto y subieron a la superficie en dirección al navío. Aquellos hombres no sobrevivirían y menos después de lanzar por la borda a esa mujer.

Volví a concentrarme en ella.

—Los hombres sufrirán el mismo sino que han elegido para ti. O nadan o se ahogarán.

La muchacha se estremeció y cerró los ojos con fuerza antes de apretar la mandíbula. Inspiró hondo y los abrió de nuevo.

—¿Los vais a matar?

Enarqué una ceja, sorprendida ante el tono empático de su voz. No esperaba que tuviera esa reacción cuando aún estaba aturdida por lo que acababa de suceder.

—¿Prefieres que vivan? ¿Después de lanzarte al mar?

Ella agachó la cabeza y se mordió el labio.

—Es verdad, pero no deberían morir por ello.

—Iban a dejarte morir a ti. —Ladeé la cabeza y estudié su rostro. Me preocupó la expresión avergonzada que encontré. Intuí que había algo más allá de la culpa por la posible muerte de aquellos hombres—. ¿Por qué te han lanzado por la borda?

—Porque soy mujer. No ha hecho falta nada más —repuso endureciendo la voz.

La vergüenza había dado paso al enfado.

—Típico de los hombres.

Sentí la ira recorrer mi cuerpo. Apreté los puños para contener las ganas de hincar las garras en la carne de esos hombres. Esa joven ya había visto suficiente ira por un día, no necesitaba que yo también

montara en cólera. Necesitaba empatía y apoyo. Me recordaba a mí misma, a la chica que había perecido en estas mismas aguas.

Maira endureció la expresión. Por suerte permaneció en silencio y se limitó a ayudar a la mujer a mantenerse derecha. Temía que hablase, porque solo empeoraría las cosas y terminaría por abrumarla.

—Solo quería estar con mi novio, Owen. Mi padre me lo prohibió, pero me escapé para reunirme con él en el sur, en Bhodeas. Se suponía que íbamos a empezar una nueva vida juntos —explicó con expresión dolida y el ceño fruncido—. Pagué un pasaje en un barco mercante, pero por lo visto solo querían mi dinero. La tripulación se lo contó al capitán y él me dejó claro que no quería mujeres en su barco por mucho que hubiera pagado por estar allí. Dijo que le traería mala suerte y que atravesar el estrecho de Marbh ya sería difícil de por sí sin tenerme a bordo.

Asentí. Comprendía tanto su historia como su tristeza.

—Te prometo que no tendrás que volver a enfrentarte a la ira de ningún hombre supersticioso. Te llevaremos a nuestro hogar y te ayudaremos.

—¿A dónde vamos? —inquirió, curiosa, observando las profundidades.

Con aquel rostro joven no debía de tener más de diecinueve años. No había esperanza en sus ojos oscuros; era casi como si no terminase de creer que estuviéramos allí para salvarla. La sensación me resultó familiar, por lo que me sobrevino un instinto protector.

—Contamos con una red de cuevas que nos protege y nos da privacidad. Te lo explicaremos allí, de momento lo que necesitas saber es que estás a salvo y que ningún hombre volverá a hacerte daño —repetí para cerciorarme de que lo comprendía.

Maira estiró el brazo y descendimos con la chica todavía dentro de la burbuja que mi compañera había creado. Seguimos a las demás de vuelta a Neamh na Mara y hacia un nuevo comienzo para ella.